

Erika Bornay

MONÓLOGO DE UNA SALONNIÈRE: MME. DE SORQUAINVILLE

Me gusta como me ha pintado Perronneau, natural, sin adularme. Con el pelo recogido, los labios con un toque rojo, curvándose en una discreta intención de sonrisa y los ojos buscando la mirada del posible espectador. La mano izquierda reposando sobre la derecha debajo del gran lazo azul de mi escote. Ahora pienso que tal vez hubiera debido posar sosteniendo un libro, pero, en fin, el retrato ya está hecho y yo me siento complacida con la ejecución y la imagen, que con gran capacidad de penetración, el pintor ha dado de mi.

Al principio tuve dudas en cuanto a quien recurrir para mi retrato. Me gusta Quentin La Tour, posee un dominio completo de la técnica de la acuarela, y su maestría con el dibujo es indiscutible, pero sus tarifas son exorbitantes. Me decidí por Perronneau cuando vi sus cinco retratos en el Salón de 1746. Me llamó la atención por sus investigaciones con el color y también por su pincelada, más suelta que la de La Tour. No voy a negar que sus obras carecen de la vistuosidad técnica de éste, pero sospecho que este aspecto no le interesa excesivamente y lo negligencia a propósito. Por otra parte, es innegable que su maestría con el pastel le permite competir sin ninguna desventaja con La Tour y en cuanto a capacidad psicológica no le va a la zaga. Estas brillantes cualidades que son comunes a los dos, han despertado algunos celos en La Tour, y a este propósito, corre una perversa anécdota en los salones —que al parecer es más que un rumor— que dice mucho sobre la inquietud que en éste ha despertado el éxito del que considera su rival.

Cuando dudaba sobre a que pintor elegir, una amiga *salonnière* me habló con mucho entusiasmo del excelente pincel de Jean Marc Nattier, pero aunque sus retratos tienen encanto, opino que son algo insípidos. Después de pensar sobre ello, rechacé la idea pues no está en mis gustos verme reflejada como ninfa o diosa mitológica, como pintó hace pocos años a la princesa Henriette de Francis representándola como Flora, o incluso recientemente, el año pasado, a Mme. de Pompadour como Diana. Hay un exceso de «dulzura» en los retratos de Nattier. Por el contrario, Perronneau tiene un realismo sutil que me convence.



J.B. Perronneau, *Madame de Sorquainville*, París, Museu del Louvre, 1749.

En cuanto a Boucher, a quien hace meses encontré en casa de Mme. de Geoffrin (a propósito, que excelente idea la de dividir en dos días las prestigiosas reuniones de su salón: los lunes, acuden los pintores y demás artistas y los miércoles los filósofos y los literatos) es tan o más caro que La Tour, aunque era tentadora la idea de que me hiciera una de estas maravillosas sanguinas que le quitan de las manos.

Finalmente vencí mis fastidiosas dudas e hice una elección de lo más acertada. Estoy muy contenta con el retrato de Perronneau. Su pincelada es suelta, moderna y tiene el «sentimiento» del color, como han visto críticos tan prestigiosos como Fréron y Lafont de Saint Yenne. La Tour (la comparación es inevitable) puede ser algo monótono, sin otro contraste que el claro y el oscuro. Como colorista, osaría afirmar que Perronneau lo supera en muchas ocasiones. Por otra parte, me ha representado como nos gusta a las *salonnières*, no me ha adulado en el sentido de hermosearme —lo que solo puedo calificar de frívola vanidad— sino que ha sabido modelar mi rostro, no con la efímera belleza, sino con la huella de la sensibilidad que ha ido depositando en mis rasgos el esfuerzo que he realizado estos últimos años para cultivar mi espíritu y mi intelecto con el estudio del arte, la ciencia y todo tipo de conocimientos, sin olvidar los que tradicionalmente han pertenecido al exclusivo ámbito del saber

masculino. En esto me siento orgullosa de afirmar que estoy próxima a Mme. du Deffand y a Mme. de Geoffrin, cuyo lema, *savoir et savoir vivre* he querido hacer también mío. ¡Sin embargo, como me apesadumbra su mutua hostilidad! Sentimiento que debe ser ajeno a Voltaire y a Diderot que, como todo el mundo sabe, se divierten llevando los dimes y diretes sobre los comentarios de las dos.

Me pregunto si en un futuro se nos reconocerá lo que nosotras hemos hecho por la lengua francesa, por los buenos modos, el gusto y la sensibilidad... Pienso que estos *bureaux d'esprit* que son nuestros salones quizá no hubieran existido sin aquella enorme personalidad que fue la Marquesa de Rambouillet en cuyo hotel, en el pasado siglo, iba a desarrollarse la cultura de la conversación en la que competían entre sí el ingenio, el buen gusto, una exquisita cortesía y un estilo de vida. ¡Lástima que al final todo se deterio-

rara y cayera en la afectación y en amaneramiento lingüístico! Y ¿por qué negarlo?, en un cierto exceso de pedantería. Es lamentable que aquel abismo que poco a poco se fue abriendo entre la vida y la lengua, diera ocasión a Molière de hacer en sus obras mofa pública de aquellas a quien bautizó como «preciosas ridículas». En España, según me ha contado mi amigo el embajador español en Francia, también ocurrió un fenómeno parecido —desde luego nada comparable a nuestros salones— y Quevedo que, al parecer, fue un furibundo misógino, no perdonó la ocasión de fustigar a los círculos de mujeres sabias que aparecieron en su época. Su comedia *La cultura latiniparla* es tanto un catecismo de vocablos para «instruir» a las mujeres cultas como una especie de diccionario para descifrar la jerga de su vocabulario. Su sátira, siempre según el juicio del embajador, aunque menos fina, parece que puede parangonarse con la de Molière.

De todas formas, nuestros salones y las mujeres que los llevamos tenemos muy poco en común con las «preciosas» del siglo pasado (me niego a añadir el adjetivo de ridículas con el que las estigmatizó Molière). En nuestras reuniones intercambiamos conocimientos de todo tipo, son espacios de debate y de transmisión de ideas y también lugar donde se habla de política. En cambio los del siglo pasado se limitaban casi exclusivamente a la literatura. Sí, ya sé, y lo reitero, que con su divisa del «nada vulgar» muchas de las conductoras de aquellos salones cayeron en una ornamentación excesiva y amanerada de la palabra, pero aunque Mme. de Sevigné no llevó ningún salón, los frecuentaba, y de la lectura de sus maravillosas cartas (más de mil cien) escritas con un estilo libre y espontáneo, se desprende que no fue precisamente una ridícula pedante, sino una exquisita mujer sabia. He tenido oportunidad de contemplar en la que fue residencia de una nieta suya el retrato que le hizo un pintor cuyo nombre se desconoce¹ en el que la Sevigné, ya una mujer madura, aparece sentada ante una mesa con una pluma y un papel dispuesta seguramente a escribir alguna de las misivas que la hicieron famosa. Por cierto, que casi ochocientas de estas cartas fueron enviadas a su hija por la que sentía una adoración casi morbosa, lo que se hace patente en unas hermosas líneas que, embargada de la más profunda tristeza, escribe a un amigo la primera vez que se ve obligada a separarse de ella: «*Ma douleur serait bien mediocre si je pouvais vous la dépeindre...*» Una mujer excepcional, que ha dado prestigio a la literatura francesa.

No puedo afirmar que este fuera exactamente el caso de la Marquesa de Lambert, pero no deja de ser muy loable el que empezara a escribir a los sesenta años de edad. Muchas *salonnières* han leído sus *Réflexions nouvelles sur les femmes* que reflejan no sólo una gran fineza de observaciones, sino, y sobre todo, un gran sentido común en sus comentarios respecto a la injusta situación de la mujer. Afirma que esta debe tener conocimientos y



La Tour, Autorretrato, Amiens, Museu de Picardia.

¹ Hoy en día en el Museo Carnavalet, París.

saber pensar: «*On les destine a plaire; on ne leur donne des leçons que pour les agréments*».

Por otra parte, después del escándalo de sus *Lettres Persanes* ¿es que alguien duda hoy en día que sin la influencia de la Lambert, Montesquieu hubiera sido aceptado en la Academia? Es ella quien aseguró su elección en 1727, lo que no puede sorprendernos, porque su prestigio llegó a ser tan grande que difícilmente se nombraba miembro de la Academia a nadie que ella no hubiera recibido en su salón o no hubiera recomendado. También se recuerda que en sus prestigiosas cenas de los martes, a las que acudían los compositores Rameau y Couperin, Watteau expuso en una ocasión su nueva concepción del arte. Debió de ser una mujer encantadora y sensible para que el pintor de las *fêtes galantes* que no gustaba de ir a este tipo de reuniones, ni frecuentar la aristocracia, asistiera a su salón.

¡Qué grandes mujeres! En la Lettre CVII de sus *Lettres Persanes* releo lo que afirma Montesquieu:

Ces femmes... forment une espèce de république dont les membres toujours actifs se secourent et se servent mutuellement, c'est comme un nouvel État dans l'État; et celui qui est à la Cour, à Paris, dans les provinces, qui voit agir des ministres, des magistrats, des prélats, s'il ne connaît pas les femmes qui les gouvernent, est comme un homme qui voit bien une machine qui joue, mais qui n'en connaît point les ressorts.

¡Cuántas reflexiones me ha suscitado la contemplación de mi retrato! Pensamientos y sucesos que cuando me dispongo a escribir mi diario no siempre me vienen al pensamiento. Claro que yo no tengo la brillante facilidad de esa gran librepensadora que es Mme. du Deffand para exponer mis ideas sobre el papel. ¡Lástima que se esté quedando ciega y su reconocido *tedium vitae* ni siquiera pueda ser aliviado por sus admiradores Voltaire y d'Alembert!

Erika Bornay
Universitat de Barcelona